

Prefacio de Jorge Marccone

No es niebla, es humo

Me hace ilusión pensar que el lector que tiene ahora este libro entre sus manos lo ha encontrado tanto en la sección de ecología como en la sección de estudios literarios. Creo que *Posnaturalezas poéticas. Pensamiento ecológico y políticas de la extrañeza en la poesía latinoamericana contemporánea* merece esta circulación.

Si las crisis ambientales o ecológicas, según se prefiera, ponen en evidencia que la “dominación” de la naturaleza tiene implicancias y consecuencias imprevisas y ciertamente negativas para el bienestar de los seres humanos y no humanos que constituyen un entorno, entonces debemos concluir que los procesos que tienen lugar en las sociedades humanas y los procesos que tienen lugar en los ecosistemas están entrelazados y en mutua interacción, a pesar de nuestra incapacidad inicial para identificar esa interdependencia. Dicho con mayor brevedad, que la naturaleza y la humanidad, o lo humano y lo no humano, no son ni dos realidades ni dos categorías de una oposición que se excluyen entre sí. El ocaso de este binarismo es lo que Azucena Castro llama en este libro *posnaturalezas*: el fin de una definición de naturaleza esencialista y universal que se define por oposición al ámbito de lo antropogénico, incluso cuando nos sentimos atraídos por ella o lamentemos su destrucción. El “pos” en *posnaturalezas* no significa que la naturaleza se haya acabado, sino que han llegado los tiempos en los que la investigación en humanidades, ciencias sociales y ciencias naturales invocan al público a pensar la naturaleza más allá de un binarismo contraproducente asociado con la historia de la Modernidad.

En verdad, la conclusión mencionada antes sobre la interdependencia de los procesos sociales y los procesos naturales es ya reconocida, y nombrada de muchas formas, por varias y distintas disciplinas académicas o campos de estudio. *Posnaturalezas* es, indudablemente, un término provocador con el que Azucena Castro incitará a sus lectores a varias reacciones. No puedo dejar de darle la razón. En primer lugar, porque las muchas formas de pensamiento ecológico complejo siguen conviviendo en nuestras culturas con ese binarismo naturaleza/cultura. Y cada generación tiene que educarse en ello con sus propios referentes. Ya en 1980, el crítico inglés Raymond Williams, en su “Ideas of Nature,” llamaba la atención tanto sobre la convivencia de varias definiciones de naturaleza incluso dentro de un mismo individuo e instituciones, como sobre el hecho de que aún lugares remotos que nos parecen no tocados por la mano del ser humano tienen, en realidad, una historia en la que lo humano y lo no humano han estado entrelazados. Se me viene también a la memoria el ensayo del historiador esta-

dounidense William Cronon “The Trouble with Wilderness; or, Getting Back to the Wrong Nature,” quién en 1995 encontró otra forma de elaborar el mismo argumento al comentar la historia del conservacionismo en los Estados Unidos. Dado a recordar algunos textos clásicos, y más cerca a América Latina, ¿cómo no mencionar al filósofo mexicano Enrique Leff quien se dedicó a la misma labor en 2006, en *Complejidad, racionalidad ambiental y diálogo de saberes*, con su noción de la “complejidad ambiental”? Finalmente, las muchas publicaciones sobre el Buen Vivir de raíces en ontologías indígenas, y su difusión y aplicación entre los movimientos indígenas, son el referente contra el binarismo cultura/naturaleza en generaciones más recientes.

El término *Posnaturalezas* ilumina porque al estar en plural apunta a una diversidad, pero es también una provocación necesaria al abordar, como hace Azucena Castro en este libro, el estudio de la poesía latinoamericana del s. XXI con el deliberado propósito de destacar en ella un pensamiento ecológico particular y contemporáneo. En la segunda mitad del s. XX, la poesía latinoamericana hizo un audaz giro hacia la ecología que tardó mucho en ser reconocido por los estudios literarios. Cuando estos estudios finalmente llegaron, acertaron, nos dice Azucena Castro, en identificar dos tendencias. Una, la declaración de un arraigo a la tierra que venía desde el pasado y también la afirmación de las muchas y diversas maneras en las que el ser humano está inserto en la red de relaciones de la biósfera. La segunda, esa poesía lamentaba la alienación del humano de la naturaleza y expresaba el ineludible desarraigo de la tierra en el que los procesos de modernización nos insertaron, tanto en el campo como en la ciudad. En palabras de Azucena Castro: “Con diferentes estéticas, esta poesía, con referentes como Nicanor Parra, Ernesto Cardenal y José Emilio Pacheco, reflexiona sobre los acercamientos culturales a la naturaleza, no solo para denunciar la violencia contra el medioambiente, sino también para imaginar formas de reconexión con lo no humano.”

En cambio, sostiene este libro, desde fines del siglo XX hay una poesía en América Latina que toma el toro por las astas, si se me permite una metáfora tauarina tal vez inapropiada. Más allá de lamentar la pérdida de cierta naturaleza o de la posibilidad de arraigarse en ella, pone su creatividad en pensar formas de vivir en este mundo dañado. *Posnaturalezas*, entonces, nombra este escenario marcado por el cambio climático. En él, los ecologismos, más o menos radicales, proponen políticas o prácticas que en relación con el aumento de temperatura en el planeta y sus consecuencias son siempre de mitigación y/o de adaptación. No hay posibilidad de regresar a una naturaleza anterior al cambio climático y a su impacto en la biósfera. Creo recordar que en algún poema el mexicano Homero Aridjis concluía con pesar que nunca volveremos a estar frente al mar que el otro Homero cantó en la Antigüedad. En manos de Azucena Castro, *posnaturalezas* no es sólo una manera de nombrar la peculiaridad de una poesía más reciente, sino

que es también una enmienda amable a la perspectiva de la crítica literaria del primer giro ecológico en la literatura latinoamericana. Tal vez aún menos bajo la influencia de un pensamiento verdaderamente ecológico, estos estudios literarios estaban aún bajo la sombra del binarismo naturaleza/cultura, irónicamente, a pesar de su ecologismo. El lector conocedor de poesía latinoamericana encontrará aquí bastante material para conversar con este libro.

Hay tercera y última connotación en estas *posnaturalezas* que es más fundamental para este libro. Es en sí mismo un término ominoso. Tal vez hasta abominable desde la perspectiva de un presente en el que, tal vez cansados de discursos y relatos apocalípticos y posapocalípticos (o no, si tenemos una afición particular por ese género) nos repetimos una y otra vez la necesidad de imaginar futuros deseables e inspiradores hacia transiciones efectivas. Pero es que *posnaturalezas* nombra muy bien la poesía bajo estudio en este libro. Una poesía que está atenta a la ominosa agencia de entes de origen antropogénico cuyas propiedades no se limitan ya al valor de uso o de cambio para el que fueron creados; nuevas existencias compuestas por las capas de materia industrial, orgánica e inorgánica, que nos dejan las ruinas posindustriales en las ciudades y campos de América Latina; seres cuyas extrañas propiedades de lo más-que-humano se hacen evidentes al ingresar al ámbito que denominamos restos, ruinas, basura, etc. Los “paisajes” son tan posnaturales como la poesía que quiere hacer de ellos “cuerpos” para el contacto con el lector. Dejo que el lector busque los títulos y autores dentro del libro, pero le adelanto que se trata de un petropoema, otro que es un basurero, un haikú químico, otro que es un poema-biotopo, un video-poema sobre el reagenciamiento del territorio, otro una piropoética colectiva, un poemario para la sanación de la desaparición de la flora nativa, y otro o varios que dan rienda suelta a un erotismo de lo posnatural. Si al lector lo de postnaturalezas en el título ya le sonaba extraño, apelar a lo erótico para articular una interrelación con lo ominoso seguramente le parece aún más extraño. Pero lo erótico es una buena forma de manifestar que se ha levantado un tabú sobre el otro abominable, gracias a lo cual ese otro no se nos aparece como un objeto para su dominación, otra vez, sino hasta como un sujeto por el/la cual sentimos atracción y deseo de hacer comunión. Lo erótico nombra una voluntad hacia el otro que no necesita de mayor justificación que la fuerza de esa atracción, pero al mismo tiempo no deja de ser una situación perturbadora y transgresora para el sujeto.

La extrañeza medioambiental en la definición de Azucena Castro se parece a lo que en algún momento el filósofo francés Edgar Morin identificó como una condición para el “pensamiento complejo,” y es afín a la manera como Enrique Leff definió la “complejidad ambiental.” El punto es que Azucena Castro nos recuerda que la extrañeza es una condición sine qua non para los pensamientos ecológicos surgidos ante el reconocimiento de los límites del conocimiento mo-

derno convencional. El extrañamiento es aceptar la evidencia de cosas que escapan a los discursos, a las creencias y a los valores que o explican el mundo o incluso imaginan mundos alternativos. La extrañeza es una condición para la búsqueda del reenchantamiento incluso entre las ruinas, la basura y hasta la precariedad. Bajo la lente de este estudio están “prácticas poéticas que desfamiliarizan y des-especifican los lugares, el cuerpo humano y el propio poema, permitiendo captar matices de ese paisaje en rápida transformación y sus implicancias culturales, medioambientales y políticas.”

Finalmente, este libro le quiere proponer al lector la formulación de un pensamiento ecológico y de una experiencia ligada a la convivencia entre humanos y no humanos. Los lectores aficionados o familiarizados con la poesía, y hasta los lectores profesionales, tal vez reaccionen con cierta ambigüedad a esta voluntad de la autora de buscarle una utilidad o instrumentalidad a la poesía. Esta es una vieja polémica en la literatura moderna, aunque en verdad no ha producido muertos y heridos de consideración. En todo caso, lo que ahora me preocupa es que lectores interesados en ecología, y particularmente en sostenibilidad y resiliencia socio-ecológica, puedan reaccionar con escepticismo a un libro que deliberadamente no sigue ecologías, ecosistemas o biomas particulares, ni está organizado siquiera por poéticas nacionales. ¿Basta con cuestionar la división humano-no humano y movilizar el extrañamiento poético para hablar de una “nueva ecología”? ¿Es la poesía una forma de conocimiento particular y suficiente para fomentar por sí misma relaciones nuevas o alternativas entre humanos y no humanos e imaginar transiciones viables? ¿Por qué llamar como una “nueva ecología” a lo que es el resultado (la condición posnatural) de perturbaciones en el tejido socio-ecológico? ¿No corre el riesgo el concepto de postnaturalidad de normalizar los impactos y consecuencias de las crisis socio-ecológicas?

La respuesta a estas preguntas se encuentra en el análisis e interpretación que Azucena Castro hace de los poemas seleccionados para este estudio, y accesible para todos los lectores. Su propuesta fundamental es que estos poemas encarnan, y modelan, prácticas de confluencias de saberes y perspectivas. Ni estos poemas, ni el libro que los estudia, reclaman que la poesía sea una forma de conocimiento particular o privilegiado frente a otras formas de conocimiento con las cuales competiría o se enfrentaría. Esta poesía configura, nos dice Castro con el vocabulario de Isabelle Stengers, una “ecología de prácticas.” Estas *posnaturalidades poéticas* son lugares donde confluyen otras artes, disciplinas científicas, cosmologías ancestrales, sistemas de pensamiento del siglo XX, conocimientos médicos ancestrales, el Barroco iberoamericano y filosofías de la Ilustración. El lector aficionado a la poesía, o aquél que quiera reencontrarse con ella, tendrá curiosidad al saber que no se trata de textos en los que tenga lugar una síntesis de discursos. Esta confluencia de saberes y perspectivas se traduce en una gran complejidad formal en los poemas. No es un

ejercicio de virtuosismo innovador sino un intento que busca afectar la percepción sensorial y corpórea del lector. Esta es una poesía que repiensa sus lenguajes, retóricas, referencias culturales, y posición con relación a otras formas de conocimiento motivada por las implicancias filosóficas y a los impactos materiales de las crisis ecológicas. El pensamiento ecológico alternativo que emerge del análisis de los poemas estudiados en este libro está en consonancia con los otros esfuerzos que tienen lugar tanto en teorías socio-ecológicas académicas como en los movimientos ecologistas; es decir, construir oportunidades y espacios para la sinergia y la confluencia de saberes y posiciones.

Como título de este Prefacio tomé prestado un verso del poemario *Humedal. Poema a cuatro manos* (2020), una creación en colaboración de Sergio L. Fuster, Néstor Farini, Antonio Ramos y Sergio Ferreira, donde el autor de cada poema queda en el anonimato. El poemario cubre la transformación del humedal en un yermo quemado. El verso que cito, creo que cifra bastante bien los pilares de este libro en los conceptos de posnaturalezas y extrañamiento. Pero para cerrar este Prefacio, y darle paso al libro, debo recurrir a otros versos de este mismo poemario que Azucena Castro cita y analiza:

Y entre los troncos renegridos
 los tallos como alambres de púas
 También
 una cintita verde
 Medio milímetro de vida
 obstinada

(*Humedal*).

Jorge Marcone
 Rutgers University
 9 de julio de 2024

